

Justificados estos elogios, cuando por la fuerza de su voluntad y por la claridad de su ingenio reflejaba en sí, bajo todos conceptos, la grande y extraordinaria trasformacion de la religion y de la política que habia dado nuevo curso á los destinos de la patria.

Nadie habia logrado tampoco más felices circunstancias para cimentar su educacion literaria y científica. Hijo menor de Severiano y de Türtura, dejáronle estos confiado al celo de Leandro, de Fulgencio y de Florentina, quienes ganosos de que tuviesen cumplimiento las predicciones que desde la cuna le rodearon¹, habian empleado toda suerte de medios para que labrasen en él sus doctas y paternas enseñanzas². Á tan dulce solicitud correspondia Isidoro con extraordinaria aplicacion, no sin vencer con generoso anhelo la tenaz dificultad que halló su infancia al pene-

añadirse los de *Prelado de los obispos, Príncipe de los sacerdotes y Apóstol de Cristo*, con que le designan diferentes escritores, notables por su virtud y su ciencia (*Bibl. Esp.* de Rodriguez de Castro, tomo II, pág. 293).

1 Los primeros dias de San Isidoro han sido señalados por la piedad con notables prodigios. Como se habia afirmado de Hesiodo y de Platon, de Lucano y de San Ambrosio (Véase pág. 98 del cap. III, nota 1), aseguróse que un enjambre de abejas habia posado en sus labios para infundirle la dulzura, que brilla despues en sus palabras (Rod. Cerratensis, *Vita Sancti Isidori*, núm. 1. *España Sagrada*, tomo IX, pág. 394). Su hermana Florentina, se añade, le veia á menudo levantarse en los aires (Tamayo Salazar, *Martyr. Hisp.* dia 4 de abril); y el alegado Cerratense cuenta por último que todavia en la infancia (cum esset iuvenis) noticioso de la ciencia de San Gregorio (audita fama Gregorii), salió una Nochebuena de la iglesia de Sevilla, y al terminarse la primera leccion (prima lectione perlecta), fué á Roma, vió al Pontífice, que le conoció al momento (protinus agnovit), y abrazándose ambos cariñosamente, se tornó Isidoro á Sevilla, hallando á los clérigos de la metropolitana diciendo *matutinas laudes*. Juzgamos oportuno repetir aquí cuanto observamos respecto de Lucano: los hombres superiores infunden siempre tan alto respeto, que se busca en el prodigio lo que no puede explicar la humana flaqueza.

2 Es notable lo que refiriéndose á la educacion de San Isidoro dice el canónigo de Leon, al pintar la solicitud de Leandro: «Non parcebat virgae, et laudatus est in illo (*Vita Sancti Isidori*).» Á lo mismo parece referirse el Cerratense, cuando escribe que el jóven escolar temia *verbera magistri* (*Vita Sancti Isidori*, núm. 2). Estos pormenores no son indiferentes, porque explican el sistema de enseñanza que prevalece en toda la edad media, en cuyas escuelas es familiar proloquio la frase de *virga ferrea*, que se traduce al vulgar romance con esta: *la letra con sangre entra*.

trar los rudimentos de ciencias y de letras¹. Señoreando al cabo las lenguas sabias y las disciplinas liberales, cundian al propio tiempo la fama de su nombre y la copia de su doctrina, siendo el más claro ornamento de la escuela fundada por Leandro². La elocuencia y la poesia de griegos y latinos, la filosofia del peripato y la de los PP. llegaban á serle familiarmente conocidas: Ciceron y Quintiliano, Horacio y Virgilio, Platon y Aristóteles, Gerónimo y Agustino eran para Isidoro otros tantos astros, cuyos resplandores debian alumbrar la difícil senda en que le habia iniciado su esclarecido hermano.

Fijas las miradas del venerado Apóstol de los visigodos en lo porvenir, hábale en efecto asociado á las árduas tareas de la escuela, llamándole al par á las más difíciles de la conversion del pueblo visigodo, que debian conquistar á la raza hispano-romana la supremacia moral, vivamente ambicionada. Su voz simpática y elocuente sojuzga y domina todos los espíritus, ora explique los poetas profanos y sagrados, ora exponga los oradores y los filósofos, ora acuda, en fin, á los Sagrados Libros, para deslumbrar con las centellas de sus pensamientos y abrumar bajo el trueno de su palabra la impiedad de los arrianos³. Nadie habia segundado en las comarcas de la Bética con mayor denuedo ni con más copioso fruto la doble empresa de Leandro, y nadie aparecia en consecuencia

1 El Cerratense refiere por vez primera la anécdota de la fuga de Isidoro, de la piedra horadada por el continuo caer de la gota y del madero acanalado por el frotar de las cuerdas (ductu cordarum canelatum). Repitenla todos los escritores agiógrafos, para denotar el cambio operado en el jóven escolar á vista de estos naturales egemplos.

2 El Cerratense dice: «Sicque latinis, graecis, et hebraecis literis instructus, in trivio et quadrvio fuit perfectus: in doctrinis Philosophorum praeclarus, divinis humanisque legibus eruditus, suavi colloquio vita et doctrina clarissimus (núm. 2 citado).

3 Narrando el Cerratense el destierro de San Leandro, observaba respecto de su hermano: «Isidorus autem scientia clarus, genere nobilis, corpore pulcher, moribus gravis, eloquentia suavis inter oblatrantes arrianorum frequentitas, nec nimis terretur, nec blanditiis demulcetur; sed fervore caritatis succensus, fulmina divini eloquii ardentia emittebat, quibus saeventium obumbrabat aspectus» (id., id., núm. 4). Lo mismo dice el canónigo de Leon, reimpresso por Arévalo.

más digno de ceñir la mitra, ilustrada por aquel nobilísimo varón, que su tierno hermano Isidoro.

Cuarenta años [596 á 636] gobernó el discípulo de Florentina y de Leandro aquella metrópoli, recogiendo su ciencia y su virtud imperecederos laureles. La incansable actividad de su espíritu le llamaba igualmente á todas las esferas: como Padre de la Iglesia congregaba en su metrópoli los obispos de la Bética [619], para condenar la heregia de los acéfalos, cuyos errores pulveriza, ya con el testimonio de las Sagradas Escrituras, ya con la autoridad de los Basilio, Lactancios y Gerónimos ¹: como hombre de alta significacion en el Estado, ostentaba en el cuarto concilio de Toledo, que preside en la basilica de Santa Leocadia [653], sus privilegiadas dotes de legislador, y reduciendo á práctica constante y segura la fórmula de los concilios, ensanchaba las inmunidades de la Iglesia y ponía el trono de los visigodos bajo su patrocinio y salvaguardia ²: como maestro de la juventud, lejos de abandonar la escuela, en que habia alcanzado la ventura de recibir las primeras nociones de la ciencia, ponía extremada solicitud en su engrandecimiento y perfeccion; y dándole organización conveniente y duradera ³, lograba verla frecuentada por los

1 San Bráulio dice sobre este punto: «Quo vero flumine eloquentiae, et quod iaculis divinarum scripturarum, sese Patrum testimoniis acephalitarum haeresim confoderit, Synodalia gesta coram eo Hispali acta declarant» (*Praenotatio librorum divi Isidori*).

2 Véanse las actas del IV concilio Toledano y en ellas especialmente el canon IV que dejamos en otro lugar citado.

3 Largo tiempo despues de hechos estos estudios llega á nuestras manos la erudita y curiosa tesis del doctorado, escrita por el abad José Cristiano Ernesto Bourret bajo el título de *L'École Chrétienne de Seville sous la monarchie des visigoths* (Paris, 1855). Animado de verdadero espíritu histórico, procura Mr. Bourret ilustrar esta parte de nuestra historia literaria, concediendo á San Leandro y á San Isidoro la grande influencia que ejercen en el mundo occidental como propagadores de la ciencia: invocando la autoridad de Mr. Ozanam, que no vacila en colocar á Isidoro al lado de Casiodoro y de Boëcio, cual maestro, ha prestado pues un servicio de importancia á la civilización española. Nosotros le tributamos las más señaladas muestras de gratitud y le exhortamos á seguir tan honroso camino, poco frecuentado hasta ahora por plantas extranjeras, si bien no aceptamos todas sus opiniones.

más esclarecidos ingenios de la Península, que debían llevar su doctrina á muy distantes comarcas: como cultivador activo de las letras, abarcaba todos los conocimientos humanos, pasando con notable acierto de la filosofía á la teología, de la jurisprudencia á la historia, de la geografía á la astronomía, de las ciencias naturales á las matemáticas, de las artes á las costumbres; y coronando el edificio de su saber con el estudio de las antigüedades sagradas y profanas, aparecía por último cual digno intérprete y depositario de la civilización del antiguo mundo.

Poseído de tan noble afán, guía de todos sus pasos; enardecido por el estímulo de la gloria y atento al común provecho de la Iglesia, enseña, expone, comenta, narra, discute, dogmatiza, toma todos los tonos, se dirige á todas las inteligencias, previene todas las necesidades, recorre todos los espacios, y mostrándose infatigable en medio de sus colosales tareas, aspira á perpetuar en el clero la doctrina por él acaudalada y difundida ya entre sus discípulos, asegurando en esta manera el fruto de aquellos dos concilios, memorables en la historia del catolicismo, en que para honra de este, habia resplandecido no menos la virtud que la ciencia suya y de Leandro.

Fueron ambos verdaderos faros de la Iglesia: heredando el segundo el generoso espíritu del primero, no dá tregua á sus vigiliias hasta ver terminada la obra de la restauración, á tanta costa levantada. Leandro siembra: Isidoro recoge á manos llenas la abundante y granada mies, volviendo á derramar solícito la preciosa semilla.

Hé aquí pues lo que nos enseñan sus obras: dado en su juventud al estudio de la poesía, quiere como sus hermanos Leandro y Florentina, hacer prueba de su ingenio; y pidiendo inspiración á la musa sagrada, prorumpe en himnos de alabanza al Hacedor Supremo, ó ya ensalza las altas virtudes de los mártires ¹.

1 Entre las muchas obras que, sin gran fundamento, se atribuyen á San Isidoro, se citan tres himnos: dos en loor de Santa Águeda, y uno dedicado á los santos Justo y Pastor, que empieza:

Ecce iustus, ecce Pastor,
Ambo iuncti sanguine, etc.

é inserta Arévalo en su *Hymnodia Hispanica*, pág. 222. Pero no se alega ra-

Doloroso es en verdad que no hayan llegado á nuestros dias todas estas producciones, las cuales nos harian conocer sin duda el carácter especial del genio de Isidoro en aquella primera edad de su larga vida literaria.—Entre otras preciosas reliquias de la edad visigoda poseemos no obstante un breve poema, que lleva á su frente el nombre de tan ilustre varon, con el título *De Fabrica Mundi*. El pensamiento de esta obra es el mismo que hemos hallado en el primer libro del poema ya examinado de Draconcio, muy conocido de Isidoro: la ejecucion artística dista mucho de la que dicho libro nos revela, manifestando que si es en realidad fruto del docto obispo de Sevilla, sólo puede pertenecer á su primera juventud, debiendo por tanto ser considerado como un simple ensayo, si bien no carece de alguna gracia, y se hallan en él ciertos pensamientos felizmente expresados ¹. De mayor importancia

zon alguna convincente para probar este aserto, habiendo por el contrario quien señale dichos himnos como de otros autores. No mayor seguridad hallamos en atribuirle el himno que con título de *Lamentum Paenitentiae* publicó don Lúcas de Tuy, y pareció reconocer Ambrosio de Morales en un Ms. del colegio de San Ildefonso de Alcalá, si bien el carácter de la metrificacion dá motivo á sospechar que pudo ser contemporáneo del Santo. Para conocimiento pues de nuestros lectores copiaremos la primera estrofa:

Audi Christe, tristem fletum,
Amarumque canticum
Quod percussis et contritus
Modulatur spiritus:
Cerne lacrymarum fluxus,
Et ausculta gemitus.

Menciónalo don Nicolás Antonio en el tomo I, lib. V, cap. IV de su *Bibliotheca Vetus*.

¹ Debemos el conocimiento de este poema á la diligencia de don Francisco Santiago Palomares, esmerado investigador del pasado siglo, quien lo insertó como facsimile en su *Ensayo Diplomático*, I.^a parte, tabla XXVIII. Empieza con este doble epígrafe: *De Fabrica Mundi*. Incipit Sanctus Isidorus de fabrica Mundi,» y con estos versos:

Creator mundi in suo condidit verbo
Quod celum et terram, quod gestat equoris unda,
Extendit celum sursum cum suis nubibus altis,
Fundavit terram deorsum cum suis montibus magnis, etc.

En esta enumeracion no faltan bellos pensamientos: hablando de los montes y campos dice:

Diffusit campos, tumentes extulit colles

son sin duda los versos que ya en edad proveya hizo á su *Bibliotheca*: animados de aquel espíritu didáctico que brilla en todas sus producciones, nótese al examinarlos que no era ya el entusiasmo su musa favorita, inspirándole sólo el amor á la ciencia. Tan peregrina composicion empezaba con los siguientes versos:

Sunt heic plura sacra, sunt heic mundalia plura:
Ex his, si qua placent carmina, tolle, lege.
Prata vides plena spinis, et copia floris;
Si non vis spinas sumere, sume rosas.
Heic geminae radiant veneranda volumina legis,
Condita sunt pariter heic nova cum veteri.

Poetas sagrados é historiadores, moralistas y filósofos cristianos, legistas y médicos forman la parte principal de aquella biblioteca, recibiendo el desinteresado elogio del gran maestro de Sevilla las obras de un Hilario y un Ambrosio, un Agustino y un Gerónimo, un Cipriano y un Prudencio, sin olvidar entre los vates sagrados las creaciones de Avito, de Yuvenco y de Sedulio. En testimonio del acierto con que Isidoro los juzga y califica, trasladaremos aquí el epigrama que escribe sobre Prudencio, hablando siempre con el lector:

Si Maro, si Flaccus, si Naso, et Persius horret,
Lucanus si te, Papiniusque tedet;
Par erat eximio dulcis Prudentius ore,
Carminibus variis nobilis ille satis ¹.

Quos et vestivit liliis et violis pretiosis;
Ex inde fruimur omnes rosarum gratos odores,
Ex inde teximus sertas capiti nostro coronas.

Segun notarán los lectores, la versificacion propende al verso octonario, que tan popular habia hecho la musa de San Agustin con su himno *Contra Donatistas*. Como en este canto y en algunos pasajes de Draconcio, advertimos ya cierta inclinacion al uso de las rimas, cuyas leyes explica el mismo Isidoro conforme en su lugar veremos (tomo II, Ilustracion I.^a). El códice original del poema *De Fabrica Mundi* perteneció al monasterio de Roda, cuya riqueza en este género de preciosidades era extremada.

¹ Han publicado estos versos, como obra de San Isidoro, Tamayo de Vargas, Muratori, Florez y otros eruditos: nosotros seguimos las correcciones del último (*España Sagrada*, tomo IX, pág. 412 y siguientes).

Isidoro parecía despedirse de las musas, al poner término á este poema, diciendo:

Ergo Pieridum sani montes, et rura valet;
Nam multis curis munera vestra placent.

Á la verdad no eran sus versos los que debían ganarle el lauro de la inmortalidad, llamado á desplegar en muy distinta esfera las alas de su ingenio. Así lo reconoce el discípulo de Leandro; y acudiendo solícito á poner el hombro en la grande obra á que se había asociado, llega á las puras fuentes de la Biblia para fecundar la doctrina de los católicos; y con este loable anhelo interpreta desde el *Génesis* hasta el *Libro cuarto de los Reyes*, expone la historia de los *Macabeos*, y explicando las más oscuras alegorías de los sagrados libros, escribe doctos proemios al *Viejo y Nuevo testamento*. Sobre tan ancha base asientan sus estudios eclesiásticos, ya dando nueva y segura norma á los oficios y ceremonias sagradas, ya determinando las solemnidades del cristianismo, ya por último fijando las diferentes categorías y órdenes de la Iglesia y de sus hijos ¹. La doctrina y fé de los sacerdotes, á quienes como á los monjes impone severas reglas para la vida, prueba irrecusable de que era excesiva la licencia de sus costumbres, halla natural desarrollo en los peregrinos libros, en que traza la senda del virtuoso vivir, poniendo de relieve la despreciable poquedad del mundo, é inculcando con tier-

¹ Los libros *De officiis ecclesiasticis*, dirigidos á su hermano Fulgencio y extractados despues por el mismo San Isidoro en el de las *Etimologías*, presentan la idea más completa de la organización del clero español en el siglo VII. Tan peregrino tratado explica también las razones en que se ha fundado la constante tradición de la Iglesia para dar el nombre de *Isidoriano* al rito *mozárabe*, conservado en algunas ciudades de España despues de la invasión sarracena. La identidad entre la doctrina de Isidoro, y el indicado rito, que es en suma el prescrito por el Concilio IV de Toledo, ha sido pues causa de que se atribuya al sabio metropolitano de la Bética su institución, dándose por obra suya las oraciones, himnos y demás partes de que se compone. Despues de las eruditas investigaciones del diligentísimo Florez, no puede ya abrigarse duda alguna respecto de este punto tan interesante de la historia nacional (*España Sagrada*, tomo III, pág. 241 y sigs., y apéndice número I).

na solicitud la idea del *sumo bien*, que parece personificarse en la vida y muerte de los patriarcas y los apóstoles ¹. Ni olvida tampoco el divino ejemplo del Salvador, cuyo nacimiento, pasión, resurrección, reino y juicio encarece dignamente á los ojos de su hermana Florentina, á cuya virtud había rendido análogo tributo la pluma de Leandro ². Deseoso de asegurar bajo todos conceptos el fruto de la grande obra del catolicismo, recogía por último en preciosa colección todos los cánones de la Iglesia española, levantando de esta manera inextimable monumento á la independencia del clero, que aun admitiendo el principio de unidad, hubiera tenido por vergonzosa humillación el abjurar en un solo día de sus antiguas y venerandas tradiciones nacionales ³.

¹ Las obras de que hablamos, demás de la Regla dada por San Isidoro á los monjes, son: *De doctrina et fide Ecclesiasticorum*; *De Norma vivendi*, *De Contemptu mundi*; *De Sententiis*; y *De Vita et obitu Patrum*.

² Hablamos del precioso libro *De Nativitate Domini, Passione, Resurrectione, Regno, atque iudicio*, ad Florentinam sororem suam. También le dirigió el libro *De vocatione gentium*, en que rebate y pulveriza los errores de la gentilidad.

³ Sobre esta cuestión interesantísima es de suma autoridad la carta del erudito P. Andrés Marcos Burriel, dirigida á don Pedro de Castro é inserta por Rodríguez en el tomo II de su *Biblioteca española*, págs. 302 y siguientes. Este docto jesuita, que tuvo presente la opinión de don Nicolás Antonio, dá razón de varios códigos españoles, que encierran la *Colección canónica goda* legítima, rechazando como expúria la atribuida á Isidoro Pescador, y añadiendo que no es posible dar un paso en el estudio de los cánones españoles, sin volver la vista á San Isidoro de Sevilla. Tampoco olvidaremos el apuntar aquí que igual gloria puede y debe adjudicarsele respecto de la legislación civil, si como parece demostrado en el curioso é importante opúsculo publicado en 1847 por Federico Blume, pertenecen casi todas las leyes que en el *Fuero Juzgo* llevan la inscripción de *Antiqua* al católico Recaredo, lo cual explica convenientemente cuanto dejamos advertido en notas anteriores. Ilustra el diligente alemán esta parte de nuestra historia con el auxilio de los palimpsestos, hallados en la biblioteca real de París; y no siendo posible dudar de la autenticidad de aquellos documentos, racional creemos el restituir al hijo de Leovigildo la gloria de haber echado los fundamentos al celebrado código de los visigodos, que reflejando el mismo pensamiento que domina en los Concilios, se ostenta como la más genuina expresión de aquella monarquía. Siendo pues Isidoro el prelado de más autorizada doctrina, despues de la muerte de Leandro, y descubriendo la crítica en las indicadas leyes aquel mismo es-

Pero si en todas estas obras descubrimos el noble impulso que alienta á Isidoro, encaminándose constantemente á ensanchar y fijar el círculo de los conocimientos de sus coetáneos, con mayor fuerza resalta este meritorio empeño en los libros *De differentiis*, *De Synonimis*, *De Propietate Sermonum* y *de Natura Rerum*, escrito el último por expreso mandato de Sisebuto, quien aspiraba generoso á enriquecer su entendimiento con los tesoros de las letras y las ciencias, recogidos por el prelado de Sevilla. Larga tarea sería la de analizar cada uno de estos tratados, que abrazando diversas y distantes materias, nos divertirían sobremanera del principal intento de estos estudios. Mas en esa misma diversidad de asuntos, en la sobriedad y acierto con que están tratados y en lo saneado de su doctrina se vé reflejada la situación del escritor y la extensión y buena ley de su talento; quedando al propio tiempo confirmadas cuantas observaciones llevamos expuestas, cuando se advierte que vuelve á cada momento la vista á la antigüedad para pedirle sus lecciones.

Apreciadas generalmente estas virtudes, respecto de las tres primeras obras citadas, si bien tendremos ocasion oportuna de mencionar adelante el diálogo *De Synonimis* (visible recuerdo del celebrado libro de Boécio), parécenos conveniente advertir que en ninguno de estos tratados brilla tanto el respeto con que miró Isidoro la ciencia de griegos y romanos como en el libro *De Natura Rerum*. Proponíase en él instruir á su rey de los fenómenos que en maravillosa armonía ofrece la creacion; y para rodear su doctrina del prestigio necesario á producir convencimiento, procuró revestirla de nueva autoridad, apelando á los escritores gentiles, que ya de propósito, ya incidentalmente, habian tocado la misma materia. Pero no satisfecho de la sinceridad de aquellas nociones, atendió á darles mayor lustre con el voto y decision de los Profetas y los Padres, alternando en raro consorcio los nom-

píritu y lenguaje, aquella severidad y exactitud que brilla en todas las obras del autor de las *Etimologias*, segun adelante explanaremos, fundada parece la intervencion que se le ha dado en la primera formacion del expresado código, contradicha no obstante por distinguidos escritores. Ocasion tendremos en otros capítulos de exponer algunas observaciones sobre el *Fuero Juzgo*.

bres de Job, Isaias, David, Amós, Salomon, San Pablo, San Ambrosio, San Agustin, Clemente Romano y Prudencio, ya con los de Ciceron, Arato, Salustio, Justino, Higinio y Nigridio, ya con los de Varron, Lucrecio, Virgilio, Horacio y Lucano, á quien parecia mostrar cierta predileccion el metropolitano de Sevilla. La doctrina que este sigue respecto de la astronomia, es sin embargo la abrazada por los filósofos griegos, reconociéndose en su exposicion la senda que habia recorrido para llegar á la España del siglo VII, desfigurada ya algun tanto en la decadente córte de los Emperadores bizantinos.

Débil reflejo de los estudios de Isidoro eran no obstante estas obras, en que por ilustrarse determinados puntos de las ciencias sagradas ó profanas, se ha menester de un exámen comparativo para comprender todo su valor y recíproca importancia. La variedad, fijeza y extensión de sus conocimientos sólo puede dignamente apreciarse en la grande obra de los *Orígenes*, monumento inestimable de aquella civilizacion que se amasaba con los despojos del antiguo mundo, revelando al propio tiempo cuantos elementos de vida y de cultura se habian desarrollado desde la caída del Imperio de Occidente. Y si en las producciones ya mencionadas tenia Isidoro por norte de sus vigilias la ilustracion de sus coetáneos (grandemente útil al catolicismo despues del tercer concilio de Toledo), fácil es adivinar la idea que guiaba su pluma al escribir las *Etimologias*.

Disponíase en el cánón XXIV del IV concilio, presidido por el mismo Isidoro, que morasen reunidos en clausura todos los jóvenes consagrados al servicio de la Iglesia, aspirando en esta forma á corregir las maleadas costumbres, y lo que era de mayor fruto, á uniformar en toda la monarquia la enseñanza del clero. Este pensamiento de unidad, nacido espontáneamente de la necesidad y conveniencia de conservar lo ganado, no podia tener cumplido logro en una sociedad que se regeneraba por la inteligencia, sin que eçhara profundas raices en tan feracísimo terreno. Nadie alcanzaba en el Imperio visigodo la autoridad legitima de Isidoro: nadie habia mostrado acaso mayor deseo de dotar á la Iglesia española de aquella manera de seminarios, de que habia dado tan brillante egemplo en su metrópoli, siguiendo las hue-

llas de Leandro y consagrándose, aun elevado ya al episcopado, personalmente á la enseñanza ¹. Á Isidoro pues volvieron la vista cuantos eran capaces de reconocer esta necesidad, cabiendo la honra de formularla á Bráulio, uno de los discípulos más tiernamente amados por el arzobispo de Sevilla ². Impulsábale por tanto á escribir las *Etimologías* un fin altamente didáctico; y siendo entonces la Iglesia única depositaria del saber humano, natural era que recogiese en ellas cuantas nociones atesoraban las ciencias y las letras; nociones que en concepto de Isidoro debían ser familiares á los que con verdadero amor se disponían á ejercer el ministerio del sacerdocio ³.

Parecía tan árdua empresa superior á las fuerzas de un solo hombre; y sin embargo no vaciló el metropolitano de la Bética en echarla sobre sus hombros, si bien mostrando su noble modestia en el deseo de que Bráulio enmendase aquel solicitado códice ⁴.

1 No creemos fuera de propósito el añadir á cuanto sobre el particular vá dicho, el siguiente rasgo: «Circa scholares ita sollicitus erat, ut pater singulorum probaretur... Et quia non semper docere eos praesencialiter poterat, ubicumque magistros aptos sciebat, prece et pretio eos ducebat, ut in scholaribus docendis darent operam efficacem» (*Vida de San Isidoro* por el Cerratense, *España Sagrada*, tomo IX, pág. 397).

2 El mismo San Bráulio decía, hablando con San Isidoro: «Et cordis et corporis humilitate postratus, imprecans excellentissimam tuae beatitudinis potestatem ut *peculiarem famulum*, quem pio illo sacrae dignationis intuitu semper habuisti, susceptum usque in finem habere iuveas commendatum» (Epíst. III, *Esp. Sag.*, tomo XXX, pág. 320).

3 Nunca será bastantemente elogiado este trascendental intento: de los frutos abundantes que en toda la edad media produce, iremos haciendo oportuna mención: de observar es desde luego que si el clero español hubiese permanecido en todas edades atento á la voz de Isidoro, no hubiera caído de sus manos el cetro de las ciencias y de las letras, que difícilmente podrá recobrar, sin que recordando los altos y santos fines de su ministerio, tome por modelo á los PP., siguiendo las huellas del sabio doctor de las Españas y de sus doctos discípulos. Adelante hablaremos de ellos.

4 En la carta citada arriba, decía San Bráulio: «Suggero sane, et omnimoda supplicatione depono ut librum *Ethymologiarum*, quem iam favente Domino, audivimus consumatum, promissionis vestrae memores, servo vestro dirigere iubeatis: quia, ut mihi sum conscius, magna ibi ex parte servi tui postulatione sudasti.» La misma declaración hacia despues en la *Nota de los libros de San Isidoro*. La referida carta, aunque llegada á manos de este, no

Mas si era cosa fácil el recoger en una sola obra y reducir á un solo punto de vista cuanto á la sazón se sabia dentro y fuera de España, no menor dificultad ofrecía el empeño de poner tan vastos conocimientos al alcance del mayor número de inteligencias, norte exclusivo de los *Orígenes*. Dominado de este pensamiento, señalaba Isidoro justo límite á sus especulaciones, concretándose á exponer con sóbria claridad y sencillez la doctrina, que tal vez, remontándose á las regiones de la abstracción y de la metafísica, hubiera sido de todo punto estéril. No otro es el principal mérito, ni el carácter general de las *Etimologías*; y ya comprendamos que á ser distinto su objeto, hubiesen recibido mayor ensanche y profundidad las diversas materias de que se componen; ya suponíamos esto imposible en el estado de los estudios y en el momento en que se acopiaban y preferían las nociones elementales, es lo cierto que sin este precioso documento, careceríamos ahora de verdadera idea sobre el grado de cultura á que se eleva la escuela sevillana, como instituidora y maestra del clero español, tras el maravilloso triunfo alcanzado en el tercer Concilio Toledano, y lo que no aparece de menor importancia para la ciencia histórica, desconoceríamos las creencias, los hábitos y costumbres de aquella sociedad, ignorando sin duda las relaciones de su vida pública y privada.

La filosofía y la teología, las matemáticas y las ciencias natu-

pudo ser contestada, porque llamado el santo por el rey en el momento de recibirla, la entregó sin leerla á su camarero (cubiculario), quien la extravió. con gran sentimiento del obispo. San Bráulio, vista semejante contestación (Epíst. IV), reiteró sus súplicas (Epíst. V), manifestando los más ardientes deseos porque le enviara las *Etimologías*, pedidas siempre con igual solicitud en el espacio de siete años (septimum, ni fallor, annum tempora gyrant, ex quo me memini libros a te conditos *Originum* postulasse, etc.). Al cabo lograba que se los enviara desde el camino de Toledo, adonde Isidoro se dirigía para asistir al Concilio IV, que preside, manifestándole que tenia pensado someter á su corrección aquel precioso libro: «Codicem *Ethymologiarum*, cum aliis codicibus, de itinere transmisi: et licet emendatum prae invalidudine, tamen tibi modo ad emendandum statueram offerre.» Pero no fué esta la única obra, que el docto Isidoro envió á San Bráulio, segun consta de las cartas de ambos, publicadas por el P. Risco en el tomo XXX de la *España Sagrada* (Apénd. III).

rales, la agricultura y la astronomía, la filología y la literatura, la historia y la arqueología, cuantos estudios tienen relación con la ciencia divina y la ciencia humana, todos se hallan pues iniciados y definidos en las *Etimologías*, opimo fruto de los últimos años de aquel insigne varón, en quien se veía personificada la civilización hispano-latina, ya vencedora de la barbarie visigoda.

La obra de los *Orígenes*, dividida por Bráulio en veinte libros¹, comienza exponiendo, conforme á la doctrina de Platón y de Aristóteles, la idea de la *ciencia* y del *arte*; y señalando las lindes de una y otro, entra en el estudio de las *siete disciplinas liberales*, que durante la edad media forman el ponderado *trivio* y el *cuadrivio*². Fiel á la tradición de los antiguos, comprende en la *gramática* la poética y la historia (lib. I), mostrando desde

¹ En los siguientes términos se expresa San Bráulio sobre este punto, al dar razón de las obras de San Isidoro: «Ethymologiarum codicem nimia magnitudine, distinctum ab eo titulis, non libris; quem quia rogatu meo fecit, quamvis imperfectum ipse reliquerit, ego in viginti libros divisi (*Praenot. librorum divi Isidori*).

² Conveniente nos parece observar aquí que las *disciplinas*, contenidas en el *trivio* y el *cuadrivio*, tienen trascendentales variaciones durante la edad media. Recogiendo Isidoro la tradición de la antigüedad, consignada ya por Casiodoro, comprendió sólo entre las artes liberales la *gramática*, la *retórica*, la *dialéctica*, la *aritmética*, la *geometría*, la *música* y la *astronomía*, que compusieron el *trivio* y el *cuadrivio*, según resulta de la análisis que vamos haciendo. Más adelante, cuando la influencia de árabes y hebreos se hizo sensible en las artes liberales, fueron estas clasificadas de distinto modo. Per Alonso, judío converso, de quien en su lugar haremos detenida mención, decía sobre esta materia; «Hae sunt artes: *dialectica, arithmetica, geometria, phisica, musica, astronomia*. De septima vero diversae sunt plurimorum sententiae quatenam sit: philosophi qui prophetas non sectantur, aiunt *nigromantiam* esse septimam. Aliqui ex illis qui prophetiis et philosophiae credunt, nolunt esse scientiam, quae res naturales vel elementa mundana praecellit. Quidam qui philosophiae non student, *grammaticam* esse affirmant (*Disciplina clericalis*, fáb. III.^a edición de París 1824, págs. 40 y 42). Se vé por tanto que habían suprimido árabes y hebreos del antiguo *trivio* la *gramática* y la *retórica*, desapareciendo del *cuadrivio* la *aritmética* y la *geometría*, y que había tomado plaza en el mismo la *medicina*, apellidada ya con el nombre de *phisica*, disputándose si debería contarse la *nigromancia* entre las cuatro últimas disciplinas. Quede pues reconocida esta importantísima innovación, cuyas causas y consecuencias apreciaremos en el momento oportuno.

luego en la manera de considerar la naturaleza y los signos del lenguaje, así como en la exposición de las partes del discurso y en la explicación de las leyes de la cantidad y de la acentuación prosódicas¹ que le eran familiares los aplaudidos libros de Varrón y de Donato, de Prisciano y de Victorino, de Carisio y de Festo, de Longo y de Verrio Flaco, quienes en medio de la decadencia del arte latino, habían pretendido sostener los quebrantados fuegos de la *gramática*. Recogida ó fecundada su doctrina por el discípulo de Leandro, puede asegurarse sin riesgo de error, que atesoraba este en el primer libro de las *Etimologías* toda la tradición filológica de la antigüedad y de la decadencia latinas, como daba en todas sus obras inequívoco testimonio de poseer profundamente las lenguas griega y hebrea, tan estimadas de su hermano.

Al terminar exponía la noción de las principales composiciones poéticas, no sin ilustrar su doctrina con los ejemplos de los parnasos hebreo, griego y latino, en que aparecían en singular maridaje Moisés y Acatésio, David y Ennio, Salomón y Timoteo, Jeremías y Simónides, Homero y Virgilio, no olvidada la autoridad ni el nombre de Horacio, ni desechados los ensayos de los imitadores del arte romano². Los últimos capítulos señalaban las

¹ El tratado de la metrificación, que el sabio metropolitano reduce á solos cuatro capítulos (XV, XVI, XVII y XXXVIII, *De syllaba, de pedibus, de accentibus y de metris*), basta á dar más completa idea de los elementos propiamente artísticos de que se servía la literatura homérica (griega y latina) que cuanto han inventado después los preceptistas modernos. Isidoro, no olvidó poner constantemente al lado de la noción didáctica la noción crítico-histórica, lo cual sobre hacerla más perceptible, autoriza grandemente la doctrina.

² Hablando de los *centones*, composición poética que sólo puede tener alguna significación en épocas de decadencia, escribía: «Proba, uxor Adelfi, *centonem* ex Virgilio *De Fabrica Mundi*, et *Evangelii* plenissime expressit, materia composita secundum versus et versibus secundum materiam concinnatis: sic quoque et quidam Pomponius ex eo demum poemate inter caetera stili sui otia *Tityrum* in Christi honorem composuit: similiter et *Aeneidos*» (capítulo XXXIII, ad finem). Se vé pues que, atento el docto metropolitano á los fines de la enseñanza, no quiso omitir la noticia de este linaje de composiciones por exceso aplaudidas en aquellos siglos, y hoy de todo punto olvidadas.

diferencias entre la fábula y la historia, y dada la idea de la segunda conforme á las relaciones del arte, ofrecia la noticia de sus primeros cultivadores, probando luego su utilidad y definiendo los diferentes géneros hasta su tiempo conocidos ¹.

Pasaba despues Isidoro á tratar de la *retórica*, y dando conocimiento de los diferentes géneros de oratoria, empleados por griegos y romanos, presentaba al definir la *dialéctica*, la diferencia que de aquella la separa, explicando al par clara y sencillamente las introducciones (εἰσαγωγάς) de Porfirio, y las categorías é interpretaciones (περιεργητείας) de Aristóteles, y abreviando por último la division de Mario Victorino respecto de la definicion y de sus leyes. Probaba de este modo, con invencible evidencia, cuán fructuosa habia sido para él la enseñanza de las letras y de la filosofía helénicas, manifestando al exponer la doctrina, ya relativa á las formas oratorias (lib. II), ya á los diversos modos de argumentacion, ya en fin á los predicamentos ó *categorías*, que no habia menester el filósofo de Estagira de la invasion mahometana ni del Califato de Córdoba para imperar en las escuelas españolas ². Ni se hacia en ellas menos familiar, merced á la portentosa ciencia de Isidoro, la doctrina de Porfirio, destinada á excitar en siglos

¹ La division indicada se reduce á los *diarios* ó efemérides, los *calendarios*, los *anales* y la *historia* propiamente dicha (cap. XLIII). San Isidoro dá en breves cláusulas nocion exacta de estas diferentes composiciones.

² Al buen criterio del citado Mr. Bourret no pudo ocultarse el hecho que aquí exponemos, concluyendo que Aristóteles era conocido en el Occidente antes de Averroes (*École de Seville*, cap. III). Pero al investigar la senda por donde esta doctrina pasa á las demás escuelas occidentales, confesando con Mr. Jourdan (*Des traduct. lat. d'Aristote*) que antes del siglo XII ó XIII no se halla en ellas huella alguna de los libros de la *Metafisica* y de la *Historia natural* del filósofo griego, no le ha sido dado fijar un hecho que basta por sí sólo á desatar toda dificultad, allanando el camino á la investigacion. Tal es la educacion literaria del monje Gerberto, llamado á la silla pontificia con nombre de Silvestre II: en su momento determinado reconoceremos dónde, cómo y con quién se inicia este renombrado varon en el estudio de la filosofía aristotélica, cuya nocion trasfiere á la Europa central con maravilla de los semidoctos: en los siguientes capítulos quedará entre tanto establecida la tradicion isidoriana, cuya quilatacion no dejará lugar á dudas respecto de estas importantes investigaciones.

posteriores larga contienda entre los *realistas* y los *nominalistas* (Libro III).

Consideradas en esta forma las tres primeras artes liberales, procede el gran maestro al exámen del *cuadrivio*. Es la primera de las cuatro artes que lo constituyen, la *aritmética*, cuya influencia en las restantes disciplinas determina oportunamente; y fijados el valor, division y propiedades de los números ¹, investiga los orígenes de la *geometría*, cuyos inventores encuentra á orillas del Nilo, y apunta brevemente sus fundamentos y aplicaciones. Con igual sencillez revela las nociones fundamentales de la *música*, dando á conocer sus inventores, ponderando su pode-

¹ Al examinar esta parte de las *Etimologías* sube de punto en nuestra estimacion el criterio, con que procuró San Isidoro presentar las primeras nociones de la ciencia. Puede considerarse cuanto expone sobre la *aritmética* como una teoria, preparatoria al estudio más profundo de la cantidad: puede mirarse como una especulacion, curiosa hoy si se quiere; pero la doctrina se halla purgada al propio tiempo de las extraviadas creencias de la antigua filosofía, y de las supersticiones cabalísticas, que engendradas por aquellos errores, son lastimosamente conservadas y trasportadas por árabes y hebreos, fomentándose en sus laboratorios, á expensas de la *curiosidad* que no discierne lo que media entre la *posibilidad* y el *portento*. Recomienda Isidoro no tanto el respeto como la atencion á los números para el mejor estudio de la Biblia; pero prescinde por completo de sus pretendidas propiedades *climáticas*, sin mencionar siquiera la influencia benéfica ó adversa, que más tarde trasciende á las civilizaciones orientales, imprimiendo siempre en la ciencia el sello del misterio, que monopoliza á la inteligencia. No considera, cual *Pitágoras*, el número *dos* como el mal principio y origen de la confusion y del desorden, ni como Platon, lo compara á Diana, teniéndolo por el símbolo de la esterilidad; ni menciona por último las infinitas y misteriosas cualidades del *climático siete*, que desde los caldeos pasa á trastornar las cabezas de algunos filósofos de la Grecia, y pufula de nuevo en el Oriente, hermanando estas y aquellas tradiciones, y conservando aun su omnimoda influencia en la medicina. Solo vé en los números las relaciones de la cantidad, no entrando en su propósito *didáctico* ni aun la noticia de aquellos extravíos, que pudieran desfigurar ú oscurecer la nocion; mas no por esto se desentiende de la parte histórica, pues que en otros lugares de los mismos *Orígenes* aprovecha toda la noticia del valor de los números representados en los caracteres de las lenguas seméticas, valor comunicado despues, con ciertas variaciones, al alfabeto griego. Al determinar el momento en que las civilizaciones orientales imprimen cierto carácter á la literatura española, daremos mayor extension á estas interesantes observaciones.